

Contra el futuro

Marta Peirano

Mitos

EL ARCA

Es la historia más vieja del libro; la de un desastre medioambiental y una tecnología que nos salva. Empieza en el sexto capítulo del Génesis, cuando el último patriarca de los antediluvianos recibe un encargo divino:

Hazte un arca de madera de gofer; harás aposentos en el arca, y la calafatearás con brea por dentro y por fuera. Y de esta manera la harás: de trescientos codos la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura y de treinta codos su altura. Una ventana harás al arca, y la acabarás a un codo de elevación por la parte de arriba y pondrás la puerta del arca a su lado; y le harás piso bajo, segundo y tercero. Y yo, he aquí, yo voy a enviar un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá.^[1]

«Todo lo que hay en la tierra morirá». En su entretenido libro de exorcismos, Joseph Laycock explica que en la Biblia hebrea no hay brujas, exorcismos ni demonios porque Dios es tan mezquino que no necesita asistencia. Más tarde, con la influencia del zoroastrismo, Dios se empezará a desdoblar, separando al dios benévolo de su oscuro reverso para poder digerirlo.^[2] Este proceso, que en psicología se

llama *splitting*, es un recurso infantil para conciliar realidades aparentemente contradictorias, y muy característico de los cuentos: la mamá buena y la madrastra mala, el hada madrina del palacio y la bruja del bosque. El orden y el caos. El bien y el mal. También es típico de los narcisistas y de las personas que han sufrido el trauma del maltrato repetido durante la infancia. Este es un relato de trauma, narcisismo y mecanismos de defensa que han dejado de cumplir su propósito y se han transformado en patologías que no nos dejan vivir. Pero no me quiero adelantar. En el principio Dios era uno solo y la jerarquía, sencilla. Después de crear cielos y tierra, la cosa empieza a complicarse.

Primero, Dios hace al hombre «a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza», y establece la estructura jerárquica de su creación con una serie de instrucciones. Le dice que se reproduzca («sed fecundos y multiplicaos»), que ocupe el terreno («llenad la tierra, sojuzgadla») y que ponga orden sobre «los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se desplazan sobre la tierra». Aunque el plural incluye a Eva, la mujer no está hecha a semejanza de Dios sino como extensión del cuerpo de Adán («hueso de mis huesos y carne de mi carne»), al que queda subordinada, como demuestra su derecho a nombrarla como al resto de los bichos («se llamará Mujer, porque ha sido sacada del hombre»). Después está el resto de la creación.

Dios no comenta nada sobre los cuerpos celestes ni de la gravedad que los mantiene suspendidos en el techo

de su creación. Son lagunas nada despreciables que no empezamos a desmadejar hasta Newton, pero sí dedica buena parte del discurso a la dieta, porque es una clave fundamental para la supervivencia, no solo del hombre, sino de la nueva estructura piramidal:

Os he dado toda planta que da semilla que está sobre la superficie de toda la tierra, y todo árbol cuyo fruto lleva semilla; ellos os servirán de alimento. Y a todo animal de la tierra, a toda ave del cielo, y a todo animal que se desplaza sobre la tierra, en que hay vida, toda planta les servirá de alimento.

Los animales comen lo que brota del suelo y los humanos comen su semilla y el fruto de todos los árboles menos uno. Ya sabemos que las prohibiciones en los cuentos solo sirven para una cosa. Como Chéjov, Dios no deja una manzana en la mesa si no piensa envenenarla.

Caín y Abel son los primeros humanos de la creación. Los primeros que son fruto de un vientre mortal. Nacen en el destierro, a las puertas del Paraíso perdido y herederos del pecado original, pero la estirpe no aprende ni mejora. Si el primer pecado del Génesis fue la desobediencia, el segundo es un asesinato pasional después de una ofrenda mal recibida. Caín es labrador y ofrece el fruto de la tierra. Abel es pastor trashumante y ofrece los hijos de sus ovejas y su rica mantequilla. Cada uno pone lo que tiene, pero al Dios hebreo le gusta más el olor de la carne asada y desprecia los granos y las frutas de Caín, que se pone negro y se va a casa visiblemente ofuscado.

No satisfecho con humillarlo públicamente, Dios lo persigue y lo sermonea, diciéndole que se guarde la cara larga, y le advierte de que un pecado lo acecha, agazapado como un animal. Caín se calienta del todo y, en cuanto puede, se lleva a su hermano al monte y lo mata de una pedrada. Su castigo, como el de sus padres, será la expulsión, pero no del Paraíso sino de la comunidad, donde Dios no puede verlo. Caín marcha solo a tierra de nadie, al este del Edén, donde conoce a una chica y funda una nueva familia. Acabamos de empezar y ya hay dos clases de hombres, los que están dentro del círculo y los que están en el mal.

En honor a la verdad, Caín y Abel ya eran diferentes antes del crimen. Caín es el primogénito y ha heredado tierras, que labra cómodamente dentro del entorno domesticado del círculo comunitario. Abel es el segundo y no ha heredado nada; por eso vaga con sus ovejas explorando nuevos pastos sin más protección que un palo y un tirachinas. Es un trabajo mucho más arriesgado, pero también mucho más útil para la especie más desprotegida de la sabana. El pastor que va haciendo círculos alrededor del poblado constituye la primera línea de defensa, y también la expedición exploradora que permite su expansión. Por eso Dios está siempre con los pastores, de Abel a Moisés, pasando por David. El nombre de Abel, el primer pastor, significa «El que estaba con Dios». Y quizá por eso no estaba con Caín, aunque es un hijo obediente que trabaja. Este favoritismo divino no recibirá una explicación satisfactoria hasta el cuarto de los evangelios del Nuevo Testamento, donde san Juan enseña a los judíos a practicar la virtud. Les dice: «No

seas como Caín, que era del demonio y asesinó a su hermano». [3] Matar al hermano ya no es el verdadero crimen, sino la manifestación de un crimen interior que Caín ya llevaba dentro, el veneno de la manzana que Eva mordió. Por eso Dios no acepta su sacrificio («porque sus obras son malas y las de su hermano son justas»). Se establece la nueva estirpe como inferior dentro de la jerarquía primigenia: unos hombres son de Dios y otros son del demonio. Si están fuera del círculo, por algo será.

Arquetipos

Tanto la creación como el naufragio son relatos arquetípicos, formas arcaicas del conocimiento humano que contienen una idea fundacional. El psiquiatra suizo Carl Jung los describe como las estructuras psíquicas universales anteriores al verbo, tan determinantes para nuestra manera de ver el mundo como nuestros genes...